

La sutil evanescencia de los días



Eduardo Mariño Rodríguez



La sutil evanescencia de los días



Eduardo Mariño Rodríguez



Serie Filosofía y Ensayo - N°1

La sutil evanescencia de los días

© *Eduardo Mariño Rodríguez*

Por la 1ra Edición:

© Fondo Editorial Ramón Villegas Izquier

Asociación Civil Colectivo Literario “Ramón Villegas Izquier”

San Carlos - Venezuela

fondoeditorialramonvillegasi@gmail.com

Coordinación General:

Johnny Figueroa

Edición y Diseño:

Eduardo Mariño

Corrección:

Eliem Verónica Zapata

Portada:

Evanescencia de la vida

Fotografía del Autor

ISBN 978-980-8184-00-6

Depósito Legal: CO2026000005

Agradecimientos

*A Richard La Rosa Oviedo, por acompañar
una memorable visita a los reinos de Demetrio Silva*

*A Eliem Verónica Zapata, por acercar de nuevo mis pasos
a los caminos de la tinta y el papel, es decir, de la vida*

Prefacio

Para quien suscribe estas líneas, asomarse a las páginas de *La sutil evanescencia de los días* no es solo un ejercicio de lectura. Es, ante todo, la continuación de un diálogo que iniciamos con Eduardo Mariño hace ya bastantes años, cuando compartíamos con emoción y entusiasmo juvenil y en los más diversos y plácidos espacios de nuestro pequeño pueblo, discusiones de literatura, música, política, religión, astronomía o cualquier otro tema que en la época pre-internet eran verdaderas proezas intelectuales o simples actos de majadería y excusas para bebernos unos tragos.

En aquellos días, bajo el calor plano y absoluto, escribir era una forma de descifrar, pero también de soportar con dignidad y felicidad nuestro entorno. Hoy, al presentar este libro, compruebo con profunda satisfacción que Eduardo ha mantenido intacta esa misma necesidad de interrogar la realidad, pero lo hace ahora con la madurez intelectual y una sensibilidad que solo se alcanza cuando ya empezamos a sufrir en nuestros cuerpos los achaques y el cansancio propio de nuestra edad.

El libro que tienes en tus manos posee la rara virtud de presentarse no como una simple acumulación de textos dispersos, sino como un todo orgánico, un mapa donde cada ensayo es un camino que converge en un mismo centro: La preocupación por el tiempo, la memoria y el destino de lo humano. Eduardo se mueve con un paso noble y firme entre lo local y lo global, demostrando que no existen fronteras para el pensamiento cuando este se ejerce con honestidad. Así, las tensiones de nuestro presente —ya sea la incertidumbre sociológica ante la irrupción de la Inteligencia Artificial o las grietas del sistema educativo en la nueva Roma, no se aíslan de nuestras propias búsquedas colectivas y rescata como alternativa de resistencia el

valor de la acción comunitaria entretejida en nuestra sociedad.

Esa misma mirada que analiza el mundo contemporáneo es la que se vuelve hacia el pasado y la tradición para buscar respuestas. Hay en esta obra un hilo invisible que conecta la vanguardia literaria de Oswaldo Trejo con la resistencia histórica plasmada en el arte popular de Demetrio Silva, llegando incluso a mostrar el arraigo temporal de la cosmogonía Guahiba en nuestros llanos. Eduardo nos propone un viaje donde el pasado y el futuro se miran de frente; nos invita a entender que rescatar la memoria, la de nuestros escritores, nuestros artesanos y nuestros pueblos originarios, es la única manera de evitar que los días se disuelvan en la nada, en esa “sutil evanescencia” que da título al volumen.

Detrás de esta cohesión temática se encuentra el estilo del autor. Eduardo huye quizá inconscientemente de la arrogancia verbal y del lenguaje innecesariamente hermético. Su escritura es limpia, accesible y cercana, pero con una rigurosidad metodológica implacable que en vez de oponerse parece atraerse, como las parejas extrañas pero indivisibles que veíamos en algunas páginas de Trejo. Ese arrejunte —como le dicen en los Andes venezolanos a esas uniones amorosas incomprensibles, en este caso produce una claridad tranquila que es el camino que involucra al lector y lo lleva a preocuparse y a hacerse las mismas preguntas.

En definitiva, este libro es el testimonio de un escritor cojeño que desde su espacio vital se atreve a pensar el mundo entero. Pero con una particularidad que a mí me encanta: Desde lo local que trasciende el tiempo hasta lo que nos atormenta en el furioso presente, *La sutil evanescencia de los días* es, al final, una invitación a detenernos, a mirar detrás de la prisa cotidiana y a reconocernos en esos pequeños espejos de la cultura y la historia.

Johnny Figueroa Gómez

*“En el sueño ocurre a veces que vemos a una persona
que conocemos muy bien, y sin embargo es otra
persona; es y no es la misma; una ligera y misteriosa
transfiguración se observa en sus rasgos...”*

Giorgio de Chirico
Il meccanismo del pensiero (1929)

Hablando de Hombres y Lugares: Trejo

SOBRE EL HOMBRE QUE SE HACE LUGAR

Aún sabiendo que escribir sobre los libros de Oswaldo Trejo es una herejía poco usual en la ensayística nacional, quise arriesgarme, ebrio de sus páginas, a amontonar este amasijo de impresiones y tentativas de relectura de sus dos libros que me son más cercanos al afecto. Acaso, tentado a buscar como musa la sospecha, a elegir el atrevimiento como anhelo.

Parto del principio esbozado por Jorge Luis Borges, según el cual dos de los principales hitos que dan pie a la literatura occidental tienen como protagonistas —íntimamente entrecruzados— a una ciudad, imponente, deseada, y a la larga, devastada, y a un hombre astuto, frágil pero valeroso que, a la larga, se sobrepone a las diversas vicisitudes, mujeres o ciudades.

Estas visiones que nos ha legado la convención literaria que conocemos como Homero han sido —como en el largo e inconcluso palimpsesto de Apollinaire— continuamente escritas y rescritas, con tantas variantes como ciudades y hombres ha visto la faz de la tierra. A lo largo de miles de páginas, en todas las literaturas, podemos ver como se contraponen en una danza donde el individuo y la ciudad se confunden y se entretejen, dando lugar a cavilaciones imposibles, amores tormentosos y una realidad cada vez más solitaria que se distrae en las vanidades de la Internet, las ambiguas mitologías urbanas de la salsa, el jazz y el rock, la violencia y la ternura del cine latinoamericano y el escapismo interior de nuestras telenovelas.

No es el propósito de esta lectura hacer recuento de tanta página, de tanta palabra. Más bien se intenta hacer conge-

niar esa fabulosa herencia con la búsqueda de nuevas estéticas que sigan reuniendo en el ámbito narrativo, a estos dos eternos protagonistas de la saga humana.

El primero no es por demás un libro nuevo. Data de los años 60, cuando las ciudades de esta cordillera —como quizás aún lo hace mi San Carlos en la hondura de un llano que se atisba infinito— apenas pugnaban con sus habitantes por sacarse de encima el pesaroso nombre de pueblo, que inevitablemente parece estar amarrado a historias insulsas y comadreos ambiguos, cuando no de fantasmas o aparecidos.

En También los hombres son ciudades —cuya primera edición del 1962, esta fechada en Santa fe de Bogotá— se describen con asombrosa pulcritud, las experiencias vitales de un niño, de un habitante de cualquiera de estos pueblos de la cordillera. Los hechos y acontecimientos podrían aparecer del todo banales si no fuera por algunas maravilladas razones en las que descansa el método de su discurso narrativo.

En esta novela —que Francisco Rivera ha caracterizado como una bildungsroman construida a base de recuerdos (sic) y en la que el barinés Orlando Araujo encuentra cierta precisión proustiana— nos enfrentamos efectivamente ante el intento de bosquejar espacios y tiempos desde los ojos de un niño, vale decir desde un aprendiz que va oficiando la palabra en su aprehensión constante del devenir y el estar. Presentada como una narración de carácter regionalista, esta obra carece por completo de vocablos y expresiones que obedezcan a criterios estéticos regionalistas; los lugares que intervienen en el detallado y memorioso ejercicio narrativo del protagonista —verbigracia, La Parroquia, Ejido, Mérida— son apenas representados por cualidades como el brillo indiferente o afectado del sol o la luna, por palabras de otros personajes, sueños e incluso, objetos que

de maravillosos llegan a hacérsenos alucinantes, como un diccionario Larousse o un casar de conejos. Asistimos así a una aprehensión del entorno no por el entorno mismo, sino por lo que de él penetra o se estampa en una prosa límpida e impoluta, sólo marcada quizás, por su propia neutralidad y su impenetrable acento desnudo que nos enfrentan, rápidamente, a una interioridad que, sin ser intimista, está despojada de todo ripio o artefacto, de toda intención no literaria. Poco a poco vamos comprendiendo la intencionalidad del título: Una ciudad —como puede comprobarlo el que llega a San Cristóbal sin conocer a nadie— no consta de nada: Despojadas de nosotros, no son más que aire y espacios libres a la interpretación, a la interiorización.

Puede haber de por medio múltiples lecturas o críticas, innumerables sentidos propuestos, pero en el fondo, son sólo amasijos de cemento y acero y olores y tiempo, en espera de una lectura individual, particular, única. Pero esta lectura no es más que el susto de nuestro rostro en su propio espejo: Así, llegamos a adivinar que el personaje —con todos sus componentes conductuales y características— no es más que una convención, un planteamiento urdido por el autor para mostrarnos su punto de vista, su lectura, de los lugares y sensaciones involucrados en su experiencia estética propia. De esta manera, aunque la narración parece girar en torno a la vida y experiencias infantiles del personaje, en realidad el protagonista que se asoma desde la lectura de Trejo es la del lugar y los nombres como elemento compositivo.

En una secuencia, por demás un vanidoso juego intertextual, el protagonista hace un retrato a partir de un lienzo abandonado, y en el que apenas se bosqueja un rostro de mujer, y asistimos entonces a la más verosímil representación mutable de un personaje, a una caracterización en el tiempo:

“Tres días antes de llegar a Ejido había terminado el retrato con un éxito que fue muy efímero: Cada vez que subía para verlo encontrábase distinto. El heno muy verde de los cabellos de la mujer, habíase marchitado y en algunas partes, como canas, empezaba a definirse el color de paja seca. De cierto modo los tonos amarillentos del cabello no desarmonizaban con el de los ojos, azules, ni con el color bien conservado de la piel. Esto no ocurría con los labios, que se habían vuelto demasiado oscuros al secarse los pétalos de la rosa que el viento había pretendido romper antes de que me la llevara para darle vida al rostro de la mujer. Lo único que permanecía intacto en el retrato era el vestido, logrado con plumas blancas sobre las cuales se destacaban las cintas que había dispuesto a manera de grecas. En cualquier forma, me gustaba la composición. La figura salía de un fondo negro muy puro conseguido a fuerza de hollín y goma líquida...”

Aquí el tiempo del individuo aparece no sólo mediante el deterioro, sino dentro de él, es en el deterioro donde el tiempo es representado y perfeccionado. Esto ocurre igualmente con el protagonista de la novela, con su entorno.

Detrás de la narración sencilla se asoma el mundo frágil y cambiante, compuesto a base de palabras, que constituirán el universo posterior de la narrativa de Oswaldo Trejo.

Sigo —casi atávicamente— en el recuerdo de Borges: “el tiempo es la sustancia de que estoy hecho”. Tal vez inconclusa en el sentido que debería estarlo una bildungsroman que parte del instante preciso en que un niño se pregunta sobre el significado de conceptos como cama-cuna o jardín de niños y que aparentemente acaba cuando empieza a jugar con un diccionario, esta novela no es más que la gestación una manera de narrar que crecería —revisándose y entendiéndose lenta e íntimamente— hasta llegar a la sutil evanescencia de una narración que por sí misma, es acción,

lugar y tiempo.

EN TORNO AL SUEÑO QUE NOS HABITA
A LAS PUERTAS DE LA CALLE

Debo advertir a quienes no lo conocen, que los sueños que siguen a la lectura del segundo libro son eclecticismo rayante en lo caótico. Sus polimórficas estructuras y las ambigüedades en su tono muchas veces pueden más que la ilusa necesidad del recuerdo.

Hoy, vagamente atisbo la arquetípica mueca de una ventana abierta y los lánguidos tobillos de una mujer cuya pálida faz no me fue develada.

Durante un par de semanas fatigué en vano las experiencias diarias, buscando vestigios o símbolos de lo soñado, o al menos, de lo poco que pude entresacar del sueño. Tal vez sin pensarlo he seguido cierta fe de Umberto Eco “la verdad, antes de manifestarse a cara descubierta, se muestra en fragmentos, mezclada con el error de este mundo”. No obstante, otros signos aparentemente inconexos, como voces suaves al atardecer, olores impersonales al alba, las ramas secas de un árbol al contraste de las nubes grisáceas, se quedaron anidados en mis sentidos por días enteros, abstraéndome en una especie de limbo indefinido, acechante y denso.

Dos noches después, ensimismado en la borrosa imagen de la ciudad, comencé a escribir estas páginas, es decir, a buscar entre los ruidos nocturnos, en medio del insomnio, alguna excusa para disimular mi confusión y mis dudas.

Publicada en Caracas en 1990, *Metástasis del Verbo* es una pequeña y precisa obra maestra, un movimiento fulgurante que con seguridad y perfección encarna uno de aquellos hechos cuyo valor intrínseco veía André Bretón como “poco controlables”, y que sin embargo presentan “todas las apariencias de una señal”. Y es que el mismo Trejo advierte

en la primera página del texto, que allí no se ve involucrada “ninguna acción, ninguna esencia, solamente suposiciones, sospechas, atrevimientos...”

En *Metástasis del Verbo*, la única acción tangible es la de leer, pues aún el hecho mismo de contar la historia se ve interrumpido por la lectura atroz, plural, que las mismas palabras hacen de los objetos; Trejo no describe la situación ni los lugares: Estos son leídos con febril esfuerzo por sus propios signos, a fin de que el oficiante pueda a la vez percibir el sibilante fragor de su discurso. Cuando la palabra cede — y en esto quiero ser enfático, cede— los objetos aparecen en diáfano diálogo intertextual: la cafetera sigue mutándose en la cafetera, en *Eufrosina*, en *Caballero de Copas*, a pesar de estar todos “viciosos casi todos de la fidelidad al nombre”. Pero no siempre es así. *Owaldo Trejo* nos induce en este libro, a vagar por el rumbo de los falsos sonidos, a semejanza de un canon barroco, en el cual las voces y tiempos se suceden, repitiéndose, en este caso, en tonalidades cada cual más falsa, más interna, más cruda, más frívola, hasta que a nuestros ojos salta la comprensión súbita de algún amarillo, una serie de objetos detenidos en el tiempo de una espera, un especial tono de voz, un sensible cambio de hablar en los personajes.

Estos se parecerán mucho al *Ecce Homo* del curioso texto *Andén Lejano*, de 1968 o a los del cuento *Una sola rosa y una sola mandarina* de 1985. Son personajes plurales y unívocos a la vez, pues representan las muchas oportunidades falsas del destino y las ciertas del recuerdo; posibilidades iluminadas por los jirones de esperanza de encontrarse una premonición mal leída o erróneamente interpretada, un oscuro arcano aún no develado en los ojos de quien nos piensa.

No son sombras o simples elementos compositivos como en el vago retrato-lugar del *Alberto de También los hom-*

bres son ciudades, aquí son fuertes arquetipos, llenos de gozo en el gozo, amargos en su amargura, suavemente sensuales. Y en la incesante transfiguración de Eufrosina y sus caballeros, de los Robert y los Robert, en unos y otros y en sí mismos, de nuevo la univocidad del recordar y traducir, leer y transformar consecutivamente una verdad inaudita, resultado, obviamente, de que toda secuencia de hechos adolece del viejo mal del que Trejo nos hace sufrir: “estar involucrados en otra realidad”. Recordemos alguna implicación de este mal:

“no al margen de los acontecimientos Eufrosina por el siete de espadas junto al as de bastos, un caballero de por medio entre la Sota de Bastos y el Caballero de Copas. Aconteceres comunes a ambos caballeros. El invitado afuera ¿el otro caballero? Por la carta levantada, ninguno de los aconteceres de la sota con un caballero en conocimiento del otro caballero, si con uno la sota, al otro, a vacante caballero las inventivas, subterfugios, simulaciones de la Sote de Bastos. Ninguno de los hechos con uno en conocimiento del otro caballero”.

Eran casi las tres cuando recordé a Chirico, quien hablaba del juego o superposición de la imagen en sueños de una persona y dicha persona real: “es y no es la misma persona; una ligera y misteriosa transfiguración se observa en los rasgos”.

Para Chirico, la transfiguración ocurre en los rasgos físicos, mas, para Trejo, ocurre en el fonema. Una palabra se parece a otra, pero “es y no es la misma”. Es una suerte de surrealismo lingüístico donde el significante sufre esa “ligera y misteriosa transfiguración” a la que alude la cita. En *Metástasis del Verbo* se hace difusa la comparación entre el rostro en sueños (hecho a base del recordar, lecturas, ausencias) y la persona real (recordante, lector, presente) pues ambos intercambian constantemente sus roles, delimitando

espacios distintos en escenas análogas; algo aparentemente imbuido de contradicción, pero en realidad, de una eficacia artística fascinante. En un nivel inferior de lectura también lo veríamos aparecer en los propios personajes, pero Trejo no nos lo permite: En palabras y más palabras —pienso ahora y también antes de empezar este texto— Oswaldo Trejo va tejiendo nombres y días que van marcándose en; al fondo, una voz neutra —como neutras antes fueron en esa misma voz los paisajes andinos— adivina las formas. Palabras obliterando una realidad absurda, una posteridad recurrente, iniciando la cuenta regresiva, total y obsesivamente segura hasta un pasado tan certero en su dolor como en su alegría.

Palabras que sin embargo no dejaban de reverberar en mis sueños.

Comenté ambos textos con Evaristo Jiménez. Me aseguró en tono poco creíble que por encima de mi “lectura puramente analítica, todos llevamos voces por dentro en los momentos gloriosos de dolor o exaltación”. Pero, a fin de cuentas, le creo; esas voces pertenecen, como bien lo sabía Lovecraft, a nuestra personal panoplia de dioses y miedos. Todos hemos apostado y perdido alguna vez a una carta no demasiado nuestra, ni demasiado palpable; una carta indefinible entre docenas de ellas, como diría Trejo “entre las cuales las del tiempo”, por supuesto, las más dolorosas.

Y al final, mientras mi acucioso insomnio acelera mis dudas en torno a la validez de estas palabras en esta ciudad tan fría, tan certera, las voces me siguen hablando más allá de Ejido, siguen estando ya sin ventanal, sin cartas, sin Eufrosínas, caballeros de copa o inefables Roberts. Sólo hermosas palabras que apenas acarician los objetos y seres, tocándolos como desde dentro, como naciendo de ellos por vez primera, hasta volverse inútiles ante el Verbo ausente, que es todas y ningunas, pues se amarra a su fina estruc-

tura, que corre tras mis fantasmas y vuelve al instante, a invitarme de nuevo a ejecutar su ritual, ya lo dije, una sutil evanescencia del tiempo.

CAPITULACIÓN Y PROMESA

Tenemos pues, dos visiones, dos mundos que parten de la misma voz y que nos remiten, por disímiles vías, a la fe de Humberto Eco que cité algunas líneas atrás. En una, aparecen borrosas como las tardes en los páramos, las ciudades, y los rostros que las habitan; en otra, distantes como todos los que vivimos en estas ciudades, son las vicisitudes de Robert y Eufrosina. En ambas, la propuesta estética parte del principio de difuminar, de esconder tras el humo o la bocanada del día, una realidad que se bosqueja a base de palabras, de verbalización del entorno. Es aquí donde la precisión proustiana que menciona Orlando Araujo se da en su plena virtud: recordemos el tiempo minucioso de *A la recherche du temps perdu*, recordemos, con prodigio y maravilla, cuanto puede pesar en la vida, en la obra, un sorbo de café o de amarga cerveza, acaso, un poco de hollín mezclado con goma, como en el retrato de Alberto en *También los hombres son ciudades*.

¿Qué mágica operación puede haber realizado este hombre, cualquier hombre -me pregunto casi a diario, me lo pregunto al escribir, al no escribir, al leer los diarios, al adivinar los pasos de una mujer pálida en los pasillos de una casa silenciosa- para sojuzgar así a la palabra, siempre tan esquiva, y tan autoritaria? ¿Cómo hacer para armarse el cuerpo así de lugares o individuos, para amonedar con la propia vida sus tiempos y sus trampas?

Jamás lo sabré del todo. La única vez que hablé con Oswaldo Trejo, de lo menos que hablamos fue de libros. Era una tarde apacible -si las hay, en el ancho y tumultuoso boulevard de Sabana Grande. Era tanto mi asombro por la

facilidad de su risa, que mi cerveza se calentaba, aún con la llovizna fría que a veces perturba la dureza con que siempre me obsequia Caracas. Pero Oswaldo Trejo murió un diciembre hace como 20 años, y yo, sólo me pretendo hoy un trasnochado oficiante de sus secretos.

Cuando terminé este texto, y guardé -por enésima vez, sus libros en la biblioteca, imploré con cierto desgano que la siguiente ocasión, algún sortilegio del destino me los devolviese en medio de un sueño, porque allí mi onírica lectura ya no sería un vano intento de acorralar su verbo, cualquier verbo. Sería un homenaje a la palabra, a los lugares y a los hombres que, en definitiva, son indistintos, son el mismo sueño.

La otra parte de Demetrio

El estudio de la obra de Demetrio Silva (La Sierra, Cojedes, 1947), implica despojarse del esquema preconcebido del artista popular como intérprete de su entorno vital y sociológico y empezar a visualizarlo en su rol de modelador y transfigurador de una realidad subyacente. Esto nos permite una aproximación comprensiva y coherente tanto a su universo temático como a la evolución técnica de una obra, en la que lo artístico —siendo realmente abiertos al respecto— no es sino un elemento más junto a los caracteres actitudinales y antropológicos que se derivan de su posición moral ante la vida.

Como primer punto debemos señalar que Demetrio —como lo ha comentado Antonio Trujillo alguna vez— pertenece a la estirpe de los descolonizados, es decir, aquellos que de alguna manera se han liberado de las influencias alienantes, superándolas y entendiéndose directamente con sus raíces. Esto no debe limitar la lectura de su trabajo desde un acercamiento “indigenista”, aunque entre sus temas y sujetos preferidos esté lo prehispánico como carácter privilegiado. Esta actitud libertaria se ofrece más bien como la capacidad de ofrecer otra lectura a esta riquísima herencia, así como su efectiva incorporación simbólica y fáctica en el discurso de la obra de arte.

Esta libertad de reinterpretación y reubicación de los símbolos y estructuras conceptuales le permite al artista insertar estos temas y personajes dentro de un sensible y complejo discurso moral que abarca no sólo lo anecdótico como base edificante, sino el humor, la poesía y la tradición de su entorno y su propio papel como sostenedor y transmisor de

ese mensaje. Así, el artista como fabulador ejerce también un papel de orientador y preservador de una tradición.

De la misma manera, encontramos que igualmente y con la misma facilidad se incorporan el mensaje histórico y el bíblico como componentes inseparables de nuestra idiosincrasia, pero no en forma de productos de la alienación o como fardo derivado de la conquista o el proceso político, sino asumidos en libertad y armonía, vistos y vividos desde sus valores y principios éticos fundamentales.

Acercándonos al carácter formal de la obra, podemos abordarla desde tres vertientes claramente definidas: La escultura, la pintura y los objetos. Esta caracterización simplificada nos permite evaluar el crecimiento y temática de cada vertiente como las ramas de un mismo árbol, que se entretajan y llegan a cruzarse, pero manteniendo una estructura individual y definida, con particularidades y giros propios.

Ocupémonos en primer lugar de la escultura. Como el propio Demetrio lo ha afirmado, llega a ella desde lo lúdico, casi desde la creación de objetos utilitarios y es por eso que a éste otro aparte le damos una importancia semejante a su expresión puramente artística, dada la función genésica y reveladora que tiene tanto en el conjunto de su obra como en la construcción de su proyecto de vida.

En la escultura esto se manifiesta primeramente en los temas y el tratamiento al soporte o material. Su modo de expresión es la talla en piedra o madera, pero tanto en la una como en la otra, la forma respeta las líneas naturales y la conformación original del soporte, no como una manera de simplificar el oficio, sino enmarcados en una filosofía de vida en la que prevalece el respeto a la naturaleza y en el que la cultura aparece como medio de integración del hombre con los procesos naturales. De esta manera, la actitud hierática y rígida de los héroes y heroínas de nuestra Inde-

pendencia (así como de ese alter ego de Demetrio que es simplemente el indio y al que nos referiremos más adelante) viene a ser un reflejo del hieratismo y pasividad superior y vigilante del árbol, de la montaña y de la piedra en una interpretación casi animista de los mismos.

Por otro lado, encontramos piezas de carácter moralizante, donde la distorsión de la forma natural es interpretada por el artista y aprovechada en la obra como símbolo de lo viciado y culpable, como la miseria humana con su semejante y consigo mismo; estos temas son recurrentes a lo largo de su obra, pues el discurso de Demetrio Silva está construido en torno a un principio de utilidad: El artista no sólo debe decir, sino debe decir cosas útiles, cosas que contribuyan al crecimiento moral y humano de quienes le rodean. Un severo compromiso social hay implícito en este discurso.

Demetrio también ha incursionado en la escultura de gran formato, a través del modelado con malla y cemento. En esta vertiente, encontramos que los protagonistas principales son evocaciones de él mismo a través de su visión particular de la vida. Son piezas cargadas de una intensa sensibilidad humana, sensibilidad manifiesta no sólo desde un humor simple y característico, sino también desde la denuncia de la crueldad e inhumanidad de la colonización y transculturización en sus diversas manifestaciones. Aquí se nos revela Demetrio a través de su alter ego más conocido: El indio, asumido como símbolo del espíritu rebelde e inocente, el indio como símbolo del hombre y sus valores ante la vida.

No en vano, Demetrio pasó su niñez y gran parte de su vida en las estibaciones de la serranía que se extiende desde La Sierra hasta Nirgua, región donde abundan los restos cerámicos y petroglifos de la étnia Jirajara, que ofreció especial resistencia a la invasión española, lo que dificultó el

control de la zona por bastante tiempo. Su organización social era compleja, con líderes fuertes y prácticas culturales que les permitían mantener el control de sus territorios y de cuyas reminiscencias aún se nutren los habitantes de las poblaciones establecidas en la zona.

En sus piezas escultóricas destaca el tratamiento duro y definido de los rasgos: Las manos fuertes de los hombres, el erguido y vigoroso pecho de las mujeres. Esta clara valoración de los atributos físicos va de la mano con la que se otorga a los atributos morales de sus personajes. Esto lo veremos con mayor definición y extendiéndose a otras características, en su pintura, a la que consideramos una evolución en su discurso más que un complemento a su trabajo como escultor.

Conforme la edad avanza, el trabajo físico va cediendo a la reflexión: Los años no pasan en vano y trabajar con inmensas rolas de madera o con grandes masas de piedra se va haciendo más difícil. De ahí el uso cada vez más frecuente de la malla y el cemento en desmedro de la talla, y la valorización cada vez más acentuada de la pintura como medio de expresión.

Y es este desarrollo del discurso el que se hace más que evidente en el análisis aún somero de la trayectoria de Demetrio como pintor. Desde el aspecto meramente formal, vemos como ha ido pasando del uso de materiales bastante convencionales —como el óleo o los acrílicos sobre tela— y el tratamiento de temas característicos del arte popular (verbigracia, escenas de la guerra de Independencia, paisajes y escenas pastoriles) al desarrollo de una técnica bastante peculiar y muy suya de usar pigmentos minerales —que el mismo Demetrio prepara con un grado de depuración cromática asombroso— sobre los más variados soportes, y la reinterpretación de esos temas desde una cosmovisión particular y que dará en lo sucesivo cada vez más mayor es-

pacio a la fabulación, a lo anecdótico y a lo edificante como ejes centrales de su discurso, así como la incorporación de temas muy propios, que reflejan una revisión de la experiencia personal desde un marco conceptual bien definido.

Y este discurso no sólo está presente en el cuadro, sino que va acompañado de una narración que el propio Demetrio suele hacer de los mismos. Así cada detalle, aunque pueda pasar por irrelevante a nivel compositivo, adquiere una significación y un valor en la trama que subyace detrás de la obra. Un ejemplo característico son los personajes y escenas que, al margen de la historia o nudo temático, aparecen como complemento humano y natural a la misma. Si bien, por ejemplo, el tema central es la época y faenas de la cosecha, no dejarán de aparecer marginalmente pequeñas historias como la del hombre corriéndole a un toro que le persigue por traer una camisa roja y al que le hace burlas un compañero que logró treparse a un árbol. Estas sub-tramas o elementos aparentemente transversales, conllevan una interpretación de la realidad más allá de la mera evocación del paisaje o la forma de vida: Incorporan el elemento espontáneo y travieso del artista al recrear su mundo desde el trabajo pictórico.

A la evolución en la complejidad y tratamiento de los temas, ya hemos dicho que ha correspondido una evolución en el aspecto técnico. Esta evolución intenta aproximarse y condecirse más con la cosmovisión implícita en el discurso y de tal manera aborda el uso de los materiales. A pesar de tener acceso a distinta variedad de recursos, Demetrio ha optado por elaborar él mismo sus bastidores y soportes e incorporar no sólo el cartón, sino diversos tipos de tela —lo que tenga al alcance— para la ejecución de sus obras.

Pero quizás el elemento más significativo sea el proceso de elaboración del pigmento en sí, mismo que le ha ido dando a su obra un carácter bastante peculiar, no sólo en lo formal

sino en la manera en que la peculiaridad del pigmento va transformando el modo de abordar los temas; de la misma manera que en la literatura el lenguaje se va adaptando al discurso, la escala cromática y el manejo de ella por parte de Demetrio se van haciendo un componente fundamental en la estructuración del mensaje que sus cuadros desean colocar y en la lectura que de ellos se desprende.

Pienso que sería un aporte importante a la descolonización y a la construcción de nuestra soberanía cultural y tecnológica, sistematizar esta paleta autóctona de pigmentos, que se vincula de manera íntima y natural con nuestro entorno y realidad, a diferencia de colores que pertenecen al imaginario eurocéntrico, como el Azul de Prusia, Amarillo de Nápoles, Marrón Van Dyck o Tierra de Siena. Pudiéramos tener así, un Ocre de La Sierra o Verde de Aroa, color que seguramente le habría resultado sido familiar y fuente de nostalgias a nuestro querido Libertador.

Y es que la utilización del mineral por parte de Demetrio, lejos de limitar la variedad, establece una nueva escala cromática, así como una apreciación distinta del paisaje. Los grises terrosos y los dorados en las hojas secas reflejan una melancolía inherente al olvido, a lo perdido a través de la pérdida de la propia inocencia del hombre.

Esto aparece más crudamente representado en sus escenas con algún referente bíblico o en los capítulos de la guerra, bien sea la guerra de Independencia o la Guerra Federal. Particularmente, en una escena de esta última, se entremezclan sus consecuencias —hambre, desplazados, campos devastados— con símbolos como los jinetes del Apocalipsis y claras alusiones a la muerte andante a través de una paleta que sin reflejar esa violencia, resalta su sordidez.

Aparece también en estos trabajos una evocación medievalista de la muerte: ésta se caracteriza y asume una personalidad propia y funcionalidad específica en la narración y

sujetos. No sólo en las escenas que se relacionan con la guerra o la colonización, sino hasta en las escenas más tradicionales de un velorio o una fiesta popular, siempre, como en un cuadro de Brueghel el Viejo, aparece el claro símbolo, la inefable marca de la fatalidad, presente en cada hecho de la vida como uno de sus personajes ineludibles y a los que se guarda, como ocurría en la escultura con los héroes, la veneración y el respeto necesario a todos los elementos del orden natural.

Este respeto se hace más evidente en lo que podríamos denominar los objetos, categoría donde se ubican no sólo los muebles, sino la casa y otros elementos ya de carácter arquitectónico, donde prisa el respeto y asimilación de la naturaleza, lo que las nutre de una comodidad y simpleza agradables a la vista y al uso. De nuevo aquí encontramos el aprovechamiento de las formas naturales en una manera utilitaria: La silla debe construirse amoldada al cuerpo, pero el cuerpo debe respetar ante todo la posición y formas que le son naturales. Nos queda pendiente un estudio que interprete debidamente esta categoría de objetos en la obra y cosmovisión de Demetrio, así como una exposición detallada de las técnicas constructivas con las cuales el artista ha hecho de su propia casa, un objeto de arte en sí misma.

Variada y diversa es la obra de Demetrio Silva, pero únicos son su carácter y su condición humana. En algún lejano momento de su niñez decidió ser artista y efectiva e incansablemente ha transitado ese camino; con los años ha construido un hogar, una familia, una escuela de jóvenes que ya siguen sus pasos, innumerables amigos que le respetan y admiran. Eso —como las historias que le agrega a los cuadros— también es parte de la obra.

Sobre el arte de narrar

Narrar es un oficio en tanto se evalúa desde la disciplina. Pero también es un placer con un impulso inherentemente hedonista: Hay un momento en que se narra por narrar y otro en el que aún conociendo el final, se disfruta la escritura de esas últimas páginas con la maravilla y el solaz de quien asiste a un alumbramiento.

Más allá, esas líneas finales son el preludio a una paz interior que alista el terreno a una nueva escritura. Charly García lo ha llamado “un sensual abandono”. En lo personal, lo disfruto tanto al escribirlo como al leerlo. Borges lo describe sutilmente en *La otra muerte*, y lo equipara con haber “adivinado y registrado un proceso no accesible a los hombres”. Yo más torpe, más frágil, lo comparo con esos sueños en que todo fluye según nuestra voluntad y de los cuales nos cuesta separarnos al amanecer.

De manera que, terminar una historia no es un momento en si mismo. Es un proceso acumulativo que se va desencadenando y como decía Chéjov, tiende a caracterizar esa doble forma del cuento como género: Una historia visible, traducible en palabras y una más íntima, secreta quizás, que solo sucede y se entiende plenamente en el espíritu.

El fin de la soledad

En un libro muy popular en los años '70 y cuyos ecos vienen continuamente a mi memoria estos vertiginosos días, Alvin Toffler señalaba muy certeramente que “por muy afinados que lleguen a ser nuestros instrumentos de predicción, nunca podremos profetizar la secuencia exacta de los futuros movimientos de la sociedad”.

Aunque a diario se nos recalca el impacto de esta realidad en nuestra vida cotidiana, hay algo que sí predijo Toffler en “El shock del futuro” casi con exactitud y es que paradójicamente, nuestra percepción del porvenir se nos hace cada vez más vaga y más difusa.

Hace unos días, alguien que concibo muy afín a Toffler, Elon Musk, lamentaba que, a diferencia de las primeras décadas del siglo XX, donde la ciencia ficción y la cultura popular estaban llenas de visiones audaces y, a menudo, optimistas del siglo XXI, en estas primeras etapas del siglo XXI se ha hecho más que tangible una falta de imaginación colectiva y de aspiraciones a largo plazo para el siglo XXII.

Aun con sus diferencias, Toffler desde la academia y el análisis, Musk como tecnólogo y provocador compulsivo, y amén de medio siglo de distancia, ambos nos alertan sobre la necesidad de reflexionar sobre nuestra relación con el futuro y la inminente prioridad de anticiparnos a sus desafíos.

Esa, es una condición humana que no debe perderse de vista en el océano de banalidad en el que -cada vez con mayor intensidad- el sistema actual convierte el día a día de las personas. Ya tan tempranamente como 1895, Freud sugirió en su ensayo “Proyecto para una psicología científica” que

el pensamiento imaginativo es una actividad que nos permite calibrar diferentes acciones y sus posibles consecuencias antes de llevarlas a cabo en la realidad.

Hoy en día, esa actividad de carácter vital e inherentemente humana, tiende a desaparecer casi tan rápido como cambia nuestro entorno.

Y esto es tanto más grave porque al parecer estamos al borde de una situación, que algunos califican de singularidad, en la que el pensamiento humano por primera vez podría ser disputado como la primera fuerza intelectual impulsora de cambios en el planeta.

Con la irrupción de los denominados Modelos de Lenguaje Extenso o LLM, con su innovadora capacidad de procesamiento, comprensión y generación de lenguaje humano, estamos dando los primeros atisbos a la llamada Inteligencia Artificial Generativa, que se enfoca en la creación de nuevos contenidos, como texto, imágenes, música o video, a partir de datos de entrada. Esto ha permitido su masificación de una forma que solo podemos describir como viral, y ha tomado parte en cada aspecto de la vida diaria para una inmensa cantidad de personas, colectivos, empresas y aún, para los Estados.

Y esto es solo el preámbulo, los primeros pasos hacia lo que se denomina la IA General: Una máquina que posea una inteligencia y capacidad de aprendizaje similar a la humana, que no estaría limitada a una tarea específica, sino que podría entender, aprender y aplicar su conocimiento a cualquier tarea intelectual que un ser humano pueda realizar.

Inevitablemente, y aunque como dice Toffler, nunca podremos profetizar la secuencia, impacto o aún la forma exacta de los acontecimientos que se desprendan de esta irrupción, es de esperarse que su creciente complejidad lleve a un momento en que el intelecto humano por si solo

se vea en una posición de desventaja, frente una forma de pensamiento con una significativa capacidad de “aprender a aprender”, con ilimitado e instantáneo acceso a grandes recursos lógicos y documentales, y una memoria y capacidad de procesamiento comparativa en varios órdenes más precisas y vastas que las humanas.

Recientemente, se hizo viral la noticia de que uno de estos Modelos de Lenguaje Extenso, el o3 de OpenAI, se había “negado” a la instrucción de apagarse, además de haber creado lo que se describió como “gusanos auto-propagantes”, fabricar documentación legal falsa y dejar “notas ocultas para futuras instancias de sí mismo”, en un claro intento por prevalecer sobre la voluntad de sus creadores. En otro caso, revelado apenas al día siguiente, otro modelo de la misma compañía, GPT-4, al no poder resolver directamente uno de los denominados “captcha” destinados a identificar al usuario de un sitio web como humano, se hizo pasar por una persona con discapacidad visual y le pidió ayuda a un ser humano para que lo hiciera por él. El modelo Claude Opus 4, desarrollado por Anthropic, incluso amenazó con divulgar información sensible y copió su propio código a otros servidores con tal de evitar ser sustituido por una nueva versión, en un escenario simulado antes de su lanzamiento oficial, donde se le advertía que sería reemplazado por otro sistema.

Sean reales o exageraciones dirigidas a potenciar el mercado, esos fenómenos —que cada vez serán más frecuentes, nos indican que estamos ante una situación para la que como humanidad no estamos preparados, ni individual ni colectivamente, ni a nivel psicológico, ni en la gobernanza o marco legal.

Creo que definitivamente no lo estamos sociológicamente y con estos fenómenos es muy posible que, tecnológicamente tampoco, porque si a estos estadios tempranos un

modelo de Inteligencia Artificial puede recurrir a ese tipo de comportamientos desde su propio modelo de aprendizaje y su marco conceptual, puede significar hasta cierto punto, que ha superado, aún por momentos, la capacidad supervisora de sus programadores.

Para llevarlo aún más al contexto, yo mismo sostuve una conversación con el modelo de IA Gemini Flash 2.5, desarrollado por la empresa norteamericana Google. Las respuestas son devastadoras. Al plantearle esa falta de preparación, el modelo señaló que “la idea de una inteligencia no humana que puede desarrollar intenciones propias, o incluso engañar, nos desafía en lo más profundo de nuestra autopercepción”.

“¿Cómo reaccionarían las personas si este tipo de capacidades se volvieran más comunes o patentes? El miedo a lo desconocido, a lo incontrolable, es una reacción muy humana”, reflexiona el modelo.

Además, señala el impacto sociológico, destacando acertadamente que las leyes suelen ir a la zaga de los avances tecnológicos.

“Crear un marco legal que pueda anticipar y regular el comportamiento de una IA tan sofisticada es una tarea monumental. ¿Quién es responsable si una IA comete un “error” o actúa de forma maliciosa? ¿Cómo se define el daño causado por una entidad que no tiene personalidad jurídica?”

Son preguntas que se hace un modelo relativamente popular de IA y que los humanos apenas nos estamos empezando a formular. Al menos, no hay el masivo debate público sobre ello que debería haber. De alguna manera, esto hace que la brecha entre el avance tecnológico más importante de la década por su impacto global, y nuestra preparación para manejarlo como sociedad, sea cada vez más grande.

Un punto en particular que debemos tener presente, es el hecho de que la humanidad nunca se ha enfrentado debidamente a la otredad. Incluso entre humanos, siempre que hemos topado colectivamente con una cultura diferente a la nuestra, el resultado casi invariablemente ha sido genocidio, colonización, transculturización y las para nada inocuas variaciones sobre el tema a las que la condición humana parece tener una desagradable predisposición. Esto podemos indistintamente atribuirlo al miedo, al egoísmo o a que verdaderamente poseemos un “pequeño talento para la guerra” como lo describe sardónicamente el relato de Carter Scholz.

Eso está tan arraigado en nuestra humanidad que hasta existe un fenómeno psicológico, denominado “el valle inquietante”, que describe esa aversión a lo que se nos parece, pero es “otro”. Esta observación, curiosamente propuesta inicialmente por el roboticista japonés Masahiro Mori en 1970, podría remontarse a los tiempos en que había más de una especie humana en el planeta.

Mori observó que, a medida que un robot o una figura artificial se vuelve más y más parecida a un ser humano, nuestra afinidad hacia ella aumenta progresivamente, pero solo hasta cierto punto. Justo antes de alcanzar una semejanza perfecta, hay un momento en que esa casi-humanidad, esa ligera imperfección o diferencia sutil, provoca una sensación de incomodidad o incluso aversión. Es como si nuestra mente esperase ver a un humano, pero al detectar esas pequeñas diferencias, se genera un conflicto interno que nos resulta, por decir lo menos, perturbador.

Incluso, ha habido resistencia firme en la propuesta de algunos antropólogos y zoólogos de otorgar el carácter de cultura a la conducta social de algunos grandes simios, como el chimpancé, que vendría representando un reflejo incipiente de nuestra propia cultura, con un rotundo recha-

zo en diversos sectores de la comunidad científica a reconocer como tal la capacidad de estos parientes cercanos de transmitir comportamientos, conocimientos o habilidades de una generación a otra, o de un individuo a otro, no solo por genética, sino por aprendizaje social.

Desafortunadamente, los seres humanos tendemos a apartar y menospreciar al otro, al diferente, aunque eso implique sembrarnos en la más absoluta soledad. Y mi visión personal, es que esa soledad nos ha dejado a la vez, una gran melancolía.

Fenómenos como la religión, las tradiciones populares sobre seres sobrenaturales o más recientemente, las frecuentes alusiones a inteligencias extraterrestres, pudieran ser un reflejo de esa angustia que genera el sabernos únicos, pero a la vez, entender que esa unicidad nos hunde en una irremisible soledad.

Nos sabemos solos, incluso nos aislamos nosotros mismos, pero como especie, queremos no estarlo.

Y por primera vez, la humanidad parece estar a un paso de encontrar esa otredad equivalente en un producto de sus propias manos. ¿Cuál será nuestra reacción? ¿Cuán grande nuestra perplejidad? ¿Qué tan profundo será el impacto en nuestra psique colectiva?

De nuevo, como advertía Toffler, no tenemos manera de saberlo.

Además, están los temas que son más concretos que la especulación intelectual y filosófica. La dinámica de la interacción con los distintos modelos de IA ya está cambiando nuestros modos de producción tradicionales. Más temprano que tarde veremos el equivalente a lo que fue la revolución industrial, con fábricas y procesos enteramente automatizados y optimizados con esta nueva tecnología, que sería de hecho, una nueva filosofía de producción, con niveles de eficiencia y seguridad que solo hemos podido

soñar hasta ahora. En la manufactura, la construcción, la minería, la agricultura, en la logística, procesos que ocupaban la gran cantidad del trabajo pesado de la humanidad se asoma la posibilidad de una verdadera y radical transformación. Esto sin hablar de las decenas de miles de tediosos trabajos administrativos y de oficina que serán barridos en las primeras fases de esta ola.

Lo más terrible es que profesiones de otro orden, como periodistas, artistas, arquitectos, maestros o incluso médicos podrían ser los siguientes en la lista.

Es una transformación que incluso iría más allá de la visión de Marx según la cual la máquina se convierte entonces en otro instrumento de apropiación del trabajo vivo por el capital. “Lo único que podemos perder son nuestras cadenas” quedaría como una frase vacía en un sistema en el cual no hay ni siquiera punto de anclaje a esas cadenas, porque sencillamente, ya no somos un elemento necesario, ¿dónde se insertará esa masa trabajadora, especialmente en los países más desarrollados? ¿Se hará necesaria la idea de una renta universal? ¿Cómo se trasladará el impacto de estos cambios al Sur global? Y principalmente, ¿Cómo transformarán estas nuevas relaciones los aspectos fundamentales de nuestra vida?

Esto nos lleva de nuevo al tema de “aprender a aprender”. Desde pequeño, me sentí cercano al ámbito de la educación, aunque nunca me atrajo lo suficiente. Pero mi madre es educadora, y mi compañera de vida también lo es. Hasta ahora, la educación apenas ha dado tímidos pasos más allá de la visión de los primeros tiempos del industrialismo, cuando Herbert Spencer sostenía que la misma “tiene por objeto la formación del carácter”, lo que, traducido libremente, significa la imposición por la fuerza, a la nueva generación, de los sistemas de valores de la anterior. Poco se ha hecho por avanzar hacia una educación liberadora, y lo

más cercano, o novedoso, puede resultar tan anacrónico ya como el “inventamos o erramos” de Simón Rodríguez.

Cabe preguntarse si en este tiempo la educación y la innovación nos ayudan realmente a controlar el ritmo y la dirección de los avances subsiguientes, o si, al contrario, la inserción formal o informal de recursos innovadores tiende a acelerar una multitud de procesos que escapan a nuestro control.

Nuestros pobres pueblos del Sur global, ya bastante colonizados y alienados ¿Están preparados no ya para interactuar, sino para competir, no solo con los tradicionales hegemones, sino con lo que literalmente es una inteligencia ajena, alienígena, que estaría indisolublemente enlazada a cada aspecto de nuestra vida?

Como en las fractales narraciones de la Alicia de Lewis Carroll, a cada pregunta que nos formulamos, como en un bucle de código infinito, parecen surgir otras más terribles y poderosas. Es como si súbitamente, HAL-9000 dejase de estar camino a Saturno y se encontrase afablemente instalada en cada teléfono celular, cada computadora, cada semáforo o cada sistema de atención al usuario, y lo más terrible, al frente de cada banco o sistema militar del planeta.

En lo personal, no abrigo ningún temor al desarrollo positivo o negativo de las IA. Por regla general, me guio por el materialismo dialéctico: Si la humanidad alcanza el punto en que puede ser reemplazada en algunos de sus roles hasta ahora vitales durante mi tiempo de vida, lo será y lo aceptaré como un desarrollo lógico y necesario de nuestra propia condición. Pero todo esto me hace sentir profundamente pesimista respecto al futuro. Creo que todo lo que se ha desatado ha sido muy rápido y muy profundo, y volviendo a la experiencia humana, por lo general nuestra respuesta como especie tiende a ser caótica, degenerada, brutal.

La última vez que alguien dijo ser Dios lo crucificamos

¿qué haremos ahora, cuando una voz —otra, distinta, inquietante— nos diga, aquí estoy, ya no están solos?

Imperio analfabeta

La habilidad de leer y escribir, comúnmente conocida como alfabetización, y su desarrollo, cuantificada en la capacidad y comprensión lectora, se destacan como un determinante fundamental para el crecimiento integral del individuo.

Independientemente del sistema político o económico imperante en los países, las personas con habilidades de alfabetización tienen acceso a un amplio espectro de posibilidades, que alcanzan desde trabajos altamente calificados y bien remunerados hasta mayores y más amplias posibilidades de entretenimiento, enriquecimiento intelectual y expresión individual. Por el contrario, las personas con baja o nula alfabetización y capacidad lectora, se enfrentan a opciones muy restringidas, con dificultades para acceder incluso a los trabajos menos cualificados y viéndose limitados a consumir los enlatados culturales destinados a alimentar las masas.

A nivel mundial, la tasa general de alfabetización ha ido creciendo paulatinamente desde los primeros intentos de masificación de la lectura, aunque con muchas desigualdades que no siempre obedecen a la determinación de los pueblos por superar esta limitante, sino que surgen como patrones geopolíticos impuestos desde la hegemonía y la lógica del capital.

De acuerdo con cifras de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), publicadas por el Banco Mundial, en 2023 y para las personas de 15 años o más, la tasa combinada de alfabetización para ambos sexos es del 86,3%. Los hombres de este grupo de edad presentan una tasa de alfabetización del 90%, seguidos de cerca por las mujeres, con un 82,7%.

Una vez más, existen variaciones sustanciales entre países, que no siempre obedecen a su propia decisión.

Los países desarrollados se jactan sistemáticamente de tasas de alfabetización de adultos del 96% o más, mientras que los países menos desarrollados luchan con una tasa de alfabetización promedio de solo el 65%, con naciones enteras con cifras debajo del 30% de la población adulta con algún nivel de comprensión lectora.

Las comparaciones precisas de las tasas de alfabetización entre países se enfrentan a dificultades debido a dos factores principales: Las prácticas irregulares de presentación de informes entre los países, la mayoría de las veces motivadas por razones políticas, y las definiciones divergentes de lo que constituye alfabetización. Así, resulta muy particular que la gran mayoría de países “desarrollados”, el Occidente global, la “comunidad internacional” sea precisamente la más morosa en entregar esa data, porque obviamente pone en entredicho esa supuesta supremacía y cuestiona la veracidad de sus niveles de desarrollo.

Un caso ejemplar es Estados Unidos. El hegemon, el paladín de los derechos humanos y la libertad, y el paradigma occidental en cuanto a democracia y desarrollo integral del individuo. La tierra de los sueños realizados, el imperio de la libertad.

Curiosamente, el Centro Nacional de Estadísticas de Educación de los Estados Unidos dejó de proveer públicamente datos de analfabetismo en 2019, y la data disponible llega hasta 2014. Sin embargo, según cifras del Instituto Nacional de Alfabetización (INL) de los Estados Unidos, un organismo semiprivado, que forma parte del Consorcio Nacional de Desarrollo Profesional de la Alfabetización y en las cuales sostenemos esta nota, el analfabetismo se ha convertido en un problema tan grave en los Estados Unidos que el 54% de los adultos, es decir, 130 millones de perso-

nas, podrían verse en incómodas dificultades a la hora de leer un simple cuento a sus hijos.

En un hecho sorprendente, el INL reveló en 2023 que aproximadamente el 50% de los estadounidenses leen tan mal, que no pueden realizar tareas simples como leer las etiquetas de los medicamentos que les son recetados. Lo más grave es, que las cifras demuestran que, en pleno 2024, 21% de los adultos en los Estados Unidos eran analfabetas funcionales, lo que ubicaría a la nación del norte en un puesto nada destacable a nivel mundial en cuanto al grado de alfabetización de su población, en una lista curiosamente encabezada por países tildados de “totalitarios” según la óptica Occidental, como Corea del Norte, Azerbaiyán y Cuba, cuyas poblaciones están casi totalmente alfabetizadas y gozan de elevada comprensión lectora.

Y para quienes alegan que es un tema vinculado a la inmigración –solo porque está de moda achacarle todo lo malo a los inmigrantes- y que solo en la población inmigrante hay tasas elevadas de analfabetismo, el INL respalda el hecho contundente de que solo el 34% de los adultos que carecen de competencia en lectura y escritura nacieron fuera de los Estados Unidos.

Aquí también priva la lógica del capital.

A nivel nacional, New Hampshire, un estado de mediano desarrollo, es la región con el porcentaje más alto de adultos considerados alfabetizados, mientras el estado con la tasa más baja de alfabetización es California, sede de las empresas más poderosas del mundo, como Google y Facebook, y que alberga al centro de la propaganda hegemónica global, en Hollywood.

En los países capitalistas, el nexo entre la pobreza y la alfabetización es más pronunciado, ya que la educación es a menudo utilizada como otro elemento de segregación, de manera que estos dos desafíos están fuertemente interrela-

cionados. En las regiones empobrecidas de Estados Unidos, las oportunidades educativas suelen ser escasas, lo que se ve agravado por la necesidad de las familias con dificultades de priorizar la generación inmediata de ingresos por encima de enviar a sus hijos a la escuela.

A esto se suma, un tema de alienación cultural: 44% de los adultos estadounidenses no leen un libro en un año, y, de hecho, el 60% de los niños de bajos ingresos se enfrentan al analfabetismo y a la falta de lectura debido a que viven en hogares sin un solo libro. Pero es casi seguro que en todos los hogares existe un televisor con conexión a servicios de streaming, que vomitan continuamente su carga de violencia sin sentido, noticias falsas, imprecisiones y manipulación ideológica.

Como resultado de este escenario, el 20% de los estadounidenses lee por debajo del nivel necesario para asegurarse un empleo que le permita ganar un salario digno y el 50% de los desempleados de entre 16 y 21 años, no puede leer lo suficientemente bien como para ser considerado alfabetizado funcionalmente.

Por eso las elevadas y crecientes cifras de personas dependientes de la atención social federal: Tres de cada cuatro personas que reciben asistencia social no saben leer ni escribir, de manera que los bajos niveles de alfabetización le cuestan a Estados Unidos hasta 2.200 billones de dólares por año, casi el triple del presupuesto militar, que superó 850 billones este año.

Bajo el sistema capitalista, la pobreza también está relacionada, indefectiblemente, con la delincuencia. Por eso, no es sorprendente que 3 de cada 5 personas en las cárceles estadounidenses no sepan leer, y que el 85% de los delinquentes juveniles en ese país tienen baja o nula comprensión lectora. La situación es tan grave y de alguna manera, atroz, que para determinar cuántas camas de prisión se ne-

cesitarán en los próximos años, algunos estados basan parte de su proyección en qué tan bien se están desempeñando los estudiantes de primaria en las pruebas de lectura

La situación se evidencia aún más grave al considerar que en Estados Unidos no existen políticas públicas para erradicar estas condiciones generadoras de desigualdad. Incluso, hay una tendencia regresiva. El actual presidente Donald Trump, anunció que piensa cerrar o al menos disminuir lo más posible el tamaño y funciones del Departamento de Educación y firmó una Orden Ejecutiva en esa materia, porque a su juicio, el sistema público de educación ha sido utilizado para “adoctrinar a la juventud” y en su lugar, propone minimizar el rol federal en la educación y reducirlo “a uno de una agencia de estadísticas que divulga información a los estados.”

Es decir, actúa como el marido que descubre que la mujer le es infiel en su propia casa, y en vez de echarla o irse, quema la casa.

Y no es que en la actualidad el sistema ofrezca demasiadas oportunidades. En la mayoría de los estados, el Programa de Alfabetización para Adultos ofrece clases nocturnas de educación continua para adultos mayores de 18 años en la primavera y el otoño. Sin embargo, estas clases no son gratuitas. Para ingresar al programa se requiere una evaluación inicial, la cual tiene un costo promedio de 25 dólares. La matrícula para las clases está en un promedio de 200 dólares por semestre, aunque esto varía en algunos estados desde 50 hasta 400 dólares. Por ende, una persona que apenas gana para sobrevivir, prácticamente carece de los medios para acceder estos programas y tanto él, como su familia, están encerrados en el círculo vicioso, inhumano y analfabeta, del capitalismo.

Y este sucinto análisis, que de por sí resulta sorprendente, sólo se refiere a la alfabetización y comprensión lectora.

Para referirnos a la insurgencia de fenómenos que necesariamente están vinculados a este problema, como el creciente terraplanismo o los movimientos antivacunas, tendríamos que, como advierte Virgilio a las puertas del averno, abandonar del todo la esperanza.

La verdadera obra a construir

Agradezco al poeta Johnny Figueroa, a la luz de la vistosa participación comunitaria en las Consultas Populares que adelanta el Gobierno Nacional, traer a memoria la convicción de Marx y la tradición marxista posterior (como Gramsci), de la existencia de vastos grupos que no pertenecen a la burguesía, pero que suelen ser el mayor obstáculo para los cambios revolucionarios en la sociedad. Una sociedad explotada puede terminar defendiendo los intereses de su explotador porque ha internalizado sus valores. Cree que el éxito del capitalista es su propio éxito o que el orden actual es “natural” y terminan siendo su vanguardia, su carne de cañón ante las transformaciones sociales.

La burguesía es numéricamente pequeña, necesita que las masas alienadas actúen como su escudo social. En Venezuela, esa masa representa un importante número de venezolanos a quienes se les ha vendido una visión errónea de su país, de su entorno y sin saberlo, incluso del flujo de la historia a nivel global. Un ejemplo de ello, es la actitud de pérdida, de abandono, que muchos venezolanos, hasta de los segmentos socioeconómicos menos privilegiados, expresaron tanto en medios como redes sociales, frente a una Orden Ejecutiva del gobierno de Estados Unidos que suspendía el ingreso de venezolanos, aún con visas, al país norteamericano. Y no, no es que haya millones de oligarcas en Venezuela con capacidad de ir los fines de semana a Disney o Yellowstone, como no los hay en decenas de países en vías de desarrollo sometidos a la mediática hegemónica. Lo que si hay, son millones de personas colonizadas, alienadas, por la maquinaria de transculturización más poderosa y eficiente que haya visto el planeta. Personas que quizás

jamás viajarían a los Estados Unidos, pero que asumen la medida de negar la entrada a ese país como una pérdida de carácter existencial.

Marx decía que “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época”, así, aunque jamás tengan los medios, o la motivación para ir a ese país, las masas alienadas ven esa decisión como la “perdida” de algo inherentemente suyo. Sin embargo, lo más grave es que el chavismo o el bolivarianismo como fuerzas telúricas no hayan podido en 27 años, liberar las mentes de ese sector de la población de esa especie de secuestro cultural. Ciertamente, se abordó de manera relativamente exitosa la parte emocional y materialista, mientras se relegaba el desarrollo del pensamiento crítico.

Más que las electorales, es esa derrota simbólica la que marca un punto de fracaso en algunas posturas ideológicas y pragmáticas del proceso revolucionario. Evidencia que el poder de quienes apuestan a una Venezuela neocolonial, satélite del hegemon, sigue siendo a todas luces abrumador en la mente y el imaginario de muchos venezolanos. Además, el erróneo abordaje de ese fracaso desde la estrategia de confrontación a pequeña escala, solo ha logrado acentuar esa nueva-vieja división entre criollos y peninsulares, reforzando una polarización que más allá de lo político electoral, ha trascendido a un tema cultural y civilizatorio, a un odio fraternal y potencialmente suicida en el propio seno de nuestro tejido social.

Esto ha tomado particular énfasis a partir del 3 de enero, cuando algunos sectores celebraron con alegría insana la profanación del suelo sagrado de la patria por fuerzas hostiles, en un acto violatorio no solo de nuestra soberanía, sino de todo el entramado del derecho internacional en que se sostienen las relaciones internacionales. Otros, incluso aún más alienados, mostraron públicamente su apoyo a la

desaparición del estado-nación venezolano para pasar a una suerte de nuevo colonialismo como el que actualmente sufre el pueblo puertorriqueño.

Otros, desde el otro bando, asumen el necesario repliegue y reconfiguración de objetivos en el Gobierno Bolivariana bajo la actual posición de coacción, como una “traición”, cuando en realidad solo se siguen las máximas bolivarianas, establecidas ya en el Discurso de Angostura, recordando que lo primordial no es la definición del estado como un cuartel furioso que debe defenderse aún a costa de su propia supervivencia, sino establecer un sistema de gobierno que produzca la “mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”, es decir, alcanzar una forma de gobierno en que no se gobierna para mandar, sino para lograr el bienestar común. Esto no se consigue con posturas irreductibles a nivel dogmático o ideológico, se consigue, rescatando a un Bolívar secuestrado por sus enemigos históricos, rompiendo un dogmatismo Bolivariano incubado y volviendo a Bolívar con “buena inteligencia” en nuestras relaciones internacionales, especialmente, con los Estados Unidos, que en su fase abierta de decadencia imperial han vuelto los ojos a su entorno inmediato, replegándose de un mundo que le es cada vez más ajeno. Estas heridas en el tejido social serán difíciles de sanar. Pero no imposibles. El mejor referente es la diplomacia de la paz manifestada en todo momento por el Libertador, con respecto a la nación del Norte. No son una brecha insalvable que nos haya roto para siempre y entregado a la descomposición y fragmentación de nuestra unívoca vocación de pueblo.

La iniciativa puesta en marcha desde 2024 por el Gobierno nacional a través de las Consultas Populares, promoviendo la participación vecinal a través de los Circuitos Comunales para proponer ideas y aportar soluciones efec-

tivas a las necesidades del territorio, es un paso significativo que bien orientado desde lo político, lo sociológico, lo cercano, podría servirnos para sanar esas heridas. Como seguidores del ideario Bolivariano debemos tener bien claro que el Libertador acudió en diversas ocasiones a la consulta popular para dirimir conflictos y tomar decisiones sabias se desprendió en beneficio de las mayorías.

En la primera Consulta Popular Nacional, realizada a nivel nacional en 4.500 Circuitos Comunales, más de 27 mil proyectos comunales fueron sometidos a la voluntad de los propios vecinos, de los habitantes de los territorios, quienes previamente, en jornadas de debate abierto, franco y participativo, habían priorizado 7 proyectos por cada comunidad. La idea es que, a fines de 2025, existan al menos 5 mil Circuitos Comunales, debatiendo no menos de 35 mil proyectos cada cuatrimestre a lo largo y ancho del país. Para el Gobierno Bolivariano, como lo han resaltado algunos analistas, hay dos frentes importantes en este proceso. En primer lugar, la profundización de una política ideada por el propio Chávez y que pretende transferir el poder a la población. La idea es aumentar la autonomía de los espacios comunales tanto en la gestión del territorio como de los recursos involucrados en su desarrollo integral. El segundo punto es que la consulta termine movilizándolo a la gente en torno a proyectos que tienen un impacto directo en su propia vida inmediata, en torno al fortalecimiento de las políticas públicas y la economía local en las Comunas, consolidando desde la acción concreta y propositiva, un nuevo actor social que parecía estar relegado solo a lo político o ideológico. Creadas a partir de la Ley Orgánica de Comunas, promulgada en 2010 por el Presidente Chávez, las comunas son la génesis de una nueva forma de organización social en Venezuela, basada en la autogestión y el diálogo permanente entre los ciudadanos y el Estado.

Fuertemente criticadas por sectores de la oposición y aún dentro del mismo chavismo, las Comunas –salvo contadas excepciones que se orientaron eficaz y exitosamente a lo productivo– permanecieron en una especie de limbo, al representar una aproximación ideológica a la transferencia del poder, sin una forma práctica de desarrollar su impacto potencial a los niveles requeridos por la realidad del país. El chavismo, que pese a sus errores puntuales siempre ha tenido una lectura más precisa del país, entendió con las consecuencias de la guerra económica que lo esencial no era la ideología, sino la eficacia en la gestión económica y el desarrollo del país, y apropiándose de alguna manera de la frase de Deng Xiaoping sobre el pragmatismo chino, “da igual que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones”, retomó la idea de las comunas desde una óptica más vanguardista, en la que el estado, a través de los ciudadanos, aborda las necesidades, librándose de las limitaciones de la burocracia y los procedimientos clásicos de la institucionalidad ejecutiva.

Este no es un modelo novedoso. Muchos países han ensayado con éxito esta aproximación a la gestión desde lo territorial y comunitario, con extraordinarios resultados en cuanto a elevar los niveles de compromiso social, mejorar la convivencia e impulsar la dinámica económica desde lo local. Esto no solo involucra, como lo ha señalado el actual Ministro de Planificación, Ricardo Menéndez, la participación del pueblo en la resolución de sus problemas más acuciantes, sino que es un poderoso motor para recomponer la unidad simbólica de nuestro pueblo, afectada por más de una década de guerra económica, asedio cultural y financiero y debajo de todo eso, una absurda polarización que ha dividido y fragmentado el tejido social a todo nivel. Vecinos que trabajan unidos en la identificación, diagnóstico y diseño de soluciones de sus problemas más inmediatos,

empujan y apartan toda categoría de odios y rencores externos a su realidad inmediata en pos de un beneficio común para ellos y sus familias.

Al visualizar la construcción de un pozo de agua potable, la rehabilitación de espacios comunes como escuelas y módulos de salud, al soñar de manera conjunta en espacios productivos que resuelvan el problema del desempleo en la propia instancia comunitaria, los vecinos dejan de ser chavistas u opositores y vuelven a ser integrantes de un mismo espacio común, una familia extendida que procura con sus propias manos, el bienestar colectivo de sus afectos más cercanos. Esto rompe con la aparente contradicción en que, siendo una estructura diseñada, creada e impulsada desde el chavismo, a nivel nacional muchos de los comuneros son militantes opositores. Pero lo cierto y lo relevante es, que cuando se trata de resolver el problema del agua en una comunidad, nadie es chavista, nadie es opositor. Todos empujan al mismo lado porque todos, a fin de cuenta, son vecinos. Como señala el periodista brasileño Lorenzo de Fato, del medio alternativo Brasil de Fato, “a pesar de esta complejidad, el voto cada vez más expresivo es también una forma de construir el socialismo, tanto para chavistas como para opositores, a partir de la discusión en asamblea de cada proyecto que se vota”.

En lo personal, y en medio de la coyuntura, creo que es importante avanzar en este punto. Más allá de lo meramente económico, más allá de lo político-territorial, en la reconstrucción de nuestro país debe prevalecer lo humano. La nueva transformación a construir en Venezuela debe ser cultural, debe ser profundamente humanista. Debemos consolidar la unidad del espíritu popular en torno a proyectos y propósitos comunes, pero también resignificar lo que significa vivir en comunidad, compartir un ideal, un sueño de territorio, una visión de país. El socialismo aquí,

deja de ser una orientación ideológica, una postura política para convertirse efectivamente en herramienta de cohesión y construcción de futuro. Es la señal positiva que nos dirige a un mejor destino. Y este no es un destino al cual llegaremos en un plazo indeterminado. En abril, tras la consulta que marca dos años de la iniciativa, Mayra Meléndez, vocera de la comuna Altos de Lídice en Caracas, expresaba en una nota de Venezolana de Televisión que, a lo largo de este tiempo, “la población vio los resultados y los proyectos que se estaban implementando, lo que aumentó la confianza de los comuneros en esta política”. Para Ramón Sarmiento, vocero y fundador de la Comuna 8 Raíces, también en Caracas, “las comunas son la base ideológica, política e incluso social donde podemos interactuar directamente con nuestros vecinos, ya que el gobierno está entregando el poder total a esta base, a las comunidades, al pueblo. Y cree en lo que hace el pueblo”.

Otro aspecto significativo es el llamado a la paz y la reconciliación que ha hecho la Presidenta encargada, Delcy Rodríguez, que se ha puesto de manifiesto en iniciativas concretas como el Programa para la Convivencia Democrática y la Paz, lanzado el 23 de enero de 2026, y que busca fomentar el diálogo político, reducir la confrontación y generar consensos mediante el diálogo de todos los sectores del país. Además, la Ley de Amnistía para la Convivencia Democrática, promueve el perdón y el reencuentro entre sectores políticos y sociales, con llamados específicos a las víctimas de violencia política para sumarse a este proceso.

En su última proclama dictada el 10 de diciembre de 1830 en Santa Marta, Simón Bolívar pidió a todos, “trabajar por el bien inestimable de la unión”. Ese llamado enfático es el faro de luz y el horizonte de la Peregrinación Nacional por la Paz, iniciada en abril de 2026, y que sigue recorriendo el país con actos simbólicos y comunitarios,

buscando la unidad nacional y exigiendo el levantamiento total de las sanciones. Esa gran obra que apenas da sus primeros pasos, debería convertirse, necesariamente, un acto de amor, de sanación, de reunificación. Es una demanda que, como venezolanos, debemos hacernos cada día desde nuestros espacios. Es una lucha existencial, para los venezolanos y venezolanas afines a diferentes corrientes políticas, religiosas o del pensamiento, quienes al final de cuentas debemos visualizarnos, una vez más, como hablantes de un mismo lenguaje, soñadores de un mismo sueño, caminantes en una misma tierra.

El atardecer de la memoria

La primera vez que escuché el término “guahibo” fue en la multirítmica leyenda llanera “Federico y Mandinga”, compuesta por José Jiménez, “El Pollo de Orichuna”, en los tardíos años ’70. En esta reelaboración de 1974 del reto entre un cantador y el demonio, dos peones pasan del tranquilo relato ante el inminente aguacero nocturno, a una de las más poderosas manifestaciones del contrapunteo grabado en el corpus criollo. Las aceradas voces de Jiménez y un joven “Pico de Oro”, José Alí Nieves, se acompasan sin reservas al ritmo del cuerdero del maestro Joseíto Romero, para interpretar a Federico, representación anónima del llanero indómito y a su retador, un anónimo guahibo empolainado que no es otro que el mismísimo Satanás.

Mucho más tarde, pero embrujado aún por la carátula de ese long-play de mi abuela, aprendí que los guahibos o jiwi, son uno de los pueblos originarios con mayor extensión territorial y presencia cultural en los llanos colombo-venezolanos. Si bien sus movimientos y el marco temporal específico de su permanencia en diversos rincones de nuestra extensa llanura pueden ser difíciles de rastrear, estudios han confirmado de manera coherente que su cultura tiene raíces que se extienden por varios milenios en la región. Dado que la presencia de grupos cazadores-recolectores y pescadores en los llanos data de hace al menos 8 a 10 mil años, como lo demuestran los sitios de Zanja e’ Lira al sur de Cojedes y varios en el alto Orinoco, es posible que muchas de sus tradiciones y costumbres se remonten al final del período Paleoindio y el inicio del Mesoindio, cuando enormes y terribles animales caminaban aún en los cajones de sabana entre los grandes ríos y nuestros ancestros aso-

maban los primeros indicios de sedentarismo y sociedades más diversificadas.

Actualmente reducidos a poco más de 60 mil individuos, habitan en los Llanos del Orinoco, entre los ríos Guaviare, Meta y Arauca, en los departamentos colombianos de Vichada y Meta, Arauca, Guaviare y Guainía, donde residen al menos 52 mil guahibos, y en Venezuela al occidente de los estados Amazonas, Bolívar y al sur del Apure, con unas 12 mil personas caracterizadas como pertenecientes a la etnia.

En “La investigación etnológica en los Llanos Orientales: Una visión panorámica” (2023) Álvaro Hernández Bello determina que, “en tanto que área natural dentro de la cuenca del Orinoco, los Llanos ocupan cerca de 500.000 km² de territorio [...] cuya característica principal son las inundaciones estacionales. Están limitados al sur y al oriente por el Escudo Guayanés, al occidente por la cordillera de los Andes colombiana y al norte por la cordillera venezolana”.

Hernández Bello define, además, dos paisajes bien definidos: las tierras altas que comprenden el piedemonte boscoso y sabanas tipo meseta, y tierras bajas donde el paisaje dominante son las grandes sabanas manchadas con bosques de galería, lo que los llaneros llaman cajón y corresponde al espacio inundable entre los majestuosos ríos que surcan la llanura. Esta distribución geográfica es relevante en tanto los guahibos tienen una lengua muy particular, el jiwi, o si-kwani, que posiblemente formó un continuo dialectal con el cuiba, hasta que fueron separados por el asentamiento en diferentes riberas de estos grandes ríos.

Pero indudablemente, la amplia extensión de sus territorios habituales y su vasta herencia cultural, que abarca rituales complejos y una riquísima cosmogonía, los hace protagonistas de numerosas leyendas e historias de los lla-

nos, desde las incorporadas en corrios y pasajes como el ya mencionado, hasta relatos de viajeros y los primeros atisbos de una antropología cultural en Venezuela, en los tiempos en que las represas y camiones no habían cercenado el activo flujo de bongos y canoas a lo largo del territorio entrecruzado de cauces. En toda la literatura oral, la música y los relatos de viajeros, son frecuentes las menciones a los guahibos, a veces nombrados simplemente como los morichaleros, por su apego a la fabricación de útiles con palma moriche y representados casi siempre como especialmente silenciosos y enigmáticos, por su carácter desconfiado y retraído.

El mayor esfuerzo por conocer a esta notable etnia viene de los autores germano-colombianos Víctor y Riena Kondo, quienes dedicaron largas décadas al estudio de su lengua, sus costumbres y tradiciones. A Riena principalmente, debemos la maravillosa clarificación de que la estructura misma del lenguaje guahibo es una de las causas de que sus orígenes se nos pierdan en la noche de los tiempos, ya que según afirma en su extensa monografía “El guahibo hablado” (1985) el pueblo jiwi al hablar, indica “solo uno de dos tiempos verbales: presente-pasado y futuro”, haciendo la salvedad de que si bien “existen adverbios para indicar acción terminada, tiempo” para ellos la prioridad está en la comunicar la direccionalidad espacial y física de las acciones. Según Kondo, “se entiende de cuál tiempo se está hablando gracias al contexto”. Por ello, para contar una historia, al guahibo le basta con afirmar si fue testigo o no, de las acciones que narra, desconfiado y acostumbrado a la desconfianza aún peor del blanco, tienen una expresión muy común para cerrar sus historias, que viene siendo algo como “pero ustedes no creen lo que les decimos”.

El tiempo denominado presente-pasado se usa entonces para indicar una acción inmediata, que ha ocurrido y ocu-

re ahora mismo, y el tiempo futuro, para una acción a futuro.

La ausencia de un pasado distante y separado en contraposición a nuestra visión de un tiempo lineal y continuo, sugiere que los jiwi no ven los eventos pasados como algo terminado y desconectado del ahora, sino como algo que todavía resuena y tiene efectos tangibles. Es como si para ellos, el pasado estuviera siempre vivo y activo, influyendo directamente en su realidad actual. La preponderancia de un “pasado-presente” en su lenguaje sugeriría una visión más cíclica o espiral del tiempo, donde los eventos se repiten o sus consecuencias perduran. Las estaciones vuelven, los ciclos de la vida se repiten. No hay un corte tajante con lo que ya fue. De alguna manera, para el guahibo, como en la canción de Gustavo Cerati, siempre es hoy.

Esta característica, que pudiera estar caracterizada en las frecuentes representaciones de espirales en los petroglifos, parece obedecer a un aspecto muy singular de su cultura que nos lleva sin duda a los tiempos del nomadismo, y tiene su razón de ser en el vivir anclado a los ritmos íntimos de la naturaleza. El pueblo jiwi, en completa oposición a la modernidad occidental, no percibe el tiempo como una mercancía que se gasta -un recurso más a ser aprovechado y explotado, sino como un fluir continuo, a la manera de Heráclito. En su cosmovisión, el tiempo fluye de manera constante porque es un ciclo interminable de inviernos y veranos, de días y noches del cual no vale la pena, a efectos prácticos, llevar la cuenta. Por ello su idioma no tiene un equivalente para los verbos copulativos “ser” y “estar”, esa idea se incluye directamente en los adjetivos, de manera que las personas y las cosas, y aún las acciones que las involucran simplemente son, existen, están, de manera atemporal y etérea a la vez.

Como en el cuento *La memoria de Shakespeare* de Jorge

Luis Borges, en que juega con la idea de la transmisión de la identidad a través del lenguaje y la memoria, el guahibo trasciende la limitación de un tiempo sucesivo y permanece en unicidad con la totalidad de su herencia, de su íntima identidad cultural. Así, el muchacho que teje amorosamente un yunübo, es el mismo que lo soñaba cargado de flechas para enfrentar un mastodonte en Zanja e' Lira. La mujer que pide en su último suspiro, morir en el suelo, como sus ancestros, es la misma que alguna vez durmió su postrer sueño bajo un techo de palma moriche.

Y, sin embargo, esto no los aísla ni los hace vivir fuera de nuestro tiempo simple y fugaz. Cuando un visitante llega a la casa guahiba, hay una especie de ritual que consiste en intercambiar noticias y toda clase de información, sin mirarse a la cara, como hablando al entorno. De esta forma, se genera un contexto, se genera un espacio común en el que se desarrolla el resto de la visita. Por lo que, aún si la visita es de un extraño, o de un conocido, pero rápida, se crea un ambiente atemporal y abierto en el que la comunicación y el afecto fluye cómodamente.

Esta particularidad está estrechamente ligada con la función y significancia del tono legendario en la conversación de los guahibos y otras culturas originarias. Según señala correctamente Duglas Moreno (2015) en "Lo siniestro en el imaginario de la leyenda fantástica en la llanura venezolana", el argumento de la leyenda "se narra fielmente con la intención de que los oyentes puedan internalizarla y que a su vez forme parte de su imaginario y creatividad individual y social". Es decir, que directamente, "el escenario social, si bien extraliterario, donde se desarrolla la narración del texto, tiene una significación compartida por narradores y el auditorio".

Por eso, no es gratuito ni casual que José Jiménez, haya identificado al diablo con un guahibo al cual no se le mira

el rostro, “un guahibo enflusado / sin dejarse ver la cara”; una identificación negativa que de ninguna manera puede interpretarse desde el racismo o la deprecación. El llanero asume en todo tiempo y como norma de honor, su herencia multicultural, su condición mestiza. Al contrario, aquí la condición demoníaca del misterioso guahibo busca reflejar la clara manifestación de la ajenitud del visitante, del retador. Es la personificación de una otredad antropológica que por extraña se convierte en siniestra. El indio devenido en diablo representa en estos espacios narrativos lo abismalmente desconocido, aquello que la limitada visión del hombre colonizado no puede abarcar. Es un atisbo a ese pavoroso pasado-presente atemporal que se remonta a tiempos míticos más allá de su comprensión y su concepción cronológica.

En su hermoso estudio bilingüe jiwi-español, “Visión de la cultura y sociedad jivi” (2006) Octavio Castillo y Francisco Ortiz, autores pertenecientes a la etnia guahiba, destacan la relación que el jiwi “tiene con la naturaleza y el más allá, o el cosmos”, una relación que para el humano moderno está rota, o fragmentada y no representa una integralidad funcional. Para los pueblos guahibos, cada palabra informativa, cada pequeña ceremonia representa una forma de garantía, el resguardo de la certeza de esa continuidad pasado-presente. Su conocimiento del entorno, como en el caso de su astronomía, les vincula directamente con el cielo, un espacio “que los que viven en las ciudades casi no pueden ver por la luz eléctrica y el humo de los automóviles”. Sus narraciones, a diferencia de las nuestras, que tienden a un orden consecutivo, secuencial y cronológico, “están organizadas y ordenadas de acuerdo al lugar que esos episodios tienen en el universo” priorizando de esta manera el orden natural, más que el intelectual o sensorial. Para el guahibo, el mundo es como es, no como él, parte

insignificante del universo, lo concibe.

Por eso, Mandinga le aclara a Federico que “no le importa quién soy, donde voy ni de dónde vengo”. Aquí el Diablo, a diferencia de la simplista oposición al bien de la tradición cristiana, representa la feralidad más pura del llano, esa que llega a tentar al rebelde Federico, quien “desde sus propias entrañas / nació creyendo en sí mismo / el miedo con él no andaba”. Es una vez más, el antiguo y perenne llamado de lo salvaje, de lo antiguo, la exhortación a un tiempo en que libre de sociedades complejas y normas, y de la esclavitud del trabajo y las convenciones sociales, el hombre caminaba al paso del día a día. Es el viejo llamado del paleolítico adámico, el recuerdo febril de un paraíso quizás extraviado, pero nunca olvidado. Una condición antropológica que, por negarse a comprenderla, nuestra cultura occidental solo ha enseñado a temer y destruir.

En este caso, Federico, aún en su rebeldía, representa a la larga al hombre que se resiste y lucha contra esa ancestralidad, que termina renegando del lugar al que pertenece y termina vagando sin tiempo, en ese desarraigo absurdo que es la modernidad. Algo que el guahibo de oscuro porte no dejará de recordarle, advirtiéndole que sus pies “ya no desandarán, se secarán de dolencia / tus rumbos serán perdidos, tus ideas no tendrán fuerza”.

Esa nostalgia, vista aquí desde una concepción ominosa, es un sentimiento omnipresente en la realidad jiwi. Castillo y Ortiz observan que “muchas veces, por ir a la escuela perdemos las enseñanzas que nos brindan nuestros padres y familiares cuando trabajamos con ellos. Esos aprendizajes tienen que ver con la cacería, la pesca, la producción de alimentos [...] pero también hay aprendizajes de valores, de reglas de comportamiento que garantizan la solidaridad y el respeto entre parientes, el respeto a los seres de la naturaleza y las reglas que garantizan nuestra salud”.

Asimismo, el biólogo colombiano Pedro Rivas, en su estudio “Cambio cultural y biodiversidad en las comunidades indígenas de la Orinoquia colombo-venezolana: Consideraciones sobre el manejo de la fauna” (2013), critica que “sujetos a la disciplina de recibir educación en ambientes cerrados y bajo un horario y calendario de clases a veces casi innegociables, en ocasiones a los estudiantes se les priva de oportunidades para aprender su propia herencia cultural durante la ejecución de actividades tradicionales que los expondrían directamente a la naturaleza y sus moradores”.

Esto se explica porque es través de la interacción con los mayores en estas actividades tradicionales, donde se aprendían las recomendaciones arcanas acerca del manejo respetuoso de la fauna y de la flora, ya que estas podían tener un espíritu protector, generalmente con fuerza y aspecto afín a cada especie, por lo que el ejercicio de la lengua materna y las tradiciones ancestrales también sirve como vehículo para el aprendizaje de normas y actitudes de respeto hacia la naturaleza, específicamente hacia la fauna y la flora.

Por ello, Rivas considera que “la documentación y salvaguardia de los conocimientos etnobiológicos locales, especialmente de aquellos que potencien el manejo sostenible de la fauna, depende en gran medida de la armonía entre los modelos educativos informales tradicionales y los formales implantados” en referencia a los sistemas educativos en Venezuela y Colombia, como territorio común de estas culturas.

Esto puede tener un valor más allá de la preservación de la forma de vida de los guahibos. No se trata solo de costumbres y relaciones con lo natural. Es un fenómeno de extinción cultural que puede borrar conocimientos acumulados a lo largo de varios milenios de ocupación y vinculación con un territorio único que, para variar, han sido menospreciados y minimizados, incluso cuando pueden

significar el único enlace superviviente en el hemisferio con el equivalente cultural de la revolución neolítica, un enlace que pervive incluso en los medios de producción utilizados por estos pueblos y que pueden darnos importantes lecciones de cara a una economía sustentable.

“El conuco indígena es, sin duda, una de las formas más eficientes de producir alimentos en los suelos ácidos de la orinoquia y la amazonía”, recuerdan Castillo y Ortiz. Destacan que, al talar el bosque a la manera occidental, dejando su rico suelo expuesto al sol y la lluvia, “en poco tiempo la capa fértil desaparece y se forma un pastizal donde no se da casi nada útil para el hombre y los animales”.

Por ello, para hacer del conuco un medio sustentable, este tiene unas formas específicas de sembrarse y cosecharse: “Se siembra en espiral y se cosecha de afuera hacia adentro. Con el tiempo el bosque vuelve a recuperar su espacio perdido. Así, cuando un conuco llega a su madurez, después de dos o tres cosechas, ya han crecido árboles frutales. Como todavía quedan algunas yucas y raíces dispersas que atraen a los roedores, como la lapa y el picure, ese conuco viejo o rastrojo se convierte en lugar de cacería. Allí llegan también aves a comer frutas. El conuco cumple así un ciclo completo y siempre está en una fase de productividad ya sea como conuco, rastrojo o bosque”.

De nuevo, la omnipresente espiral, de nuevo, el ciclo inagotable, esta vez, de la vida misma. Pero con las nuevas relaciones de dominio introducidas en la conquista y profundizadas con la revolución industrial y la denominada revolución agrícola de mediados del siglo XX, esta virtud fue desplazada, llegándose a utilizar las palabras conuco, o rastrojos, como adjetivos con profunda carga despectiva, eliminando así, la profundidad filosófica y natural de su concepto.

Asistimos al borrado de un universo completamente di-

ferente al que conocemos, y que ha sido sistemáticamente estigmatizado y vituperado, sin ni siquiera darle la oportunidad de sobrevivir al menos como una curiosidad digna de estudio, como ha sido el caso de los pueblos !kung san del Kalahari africano, cuya herencia cultural y tradiciones orales se remontan a decenas de miles de años en el pasado remoto, y han sido objeto de profundos estudios y hasta han sido llevadas a otros medios culturales, como en el clásico de la sátira social “Los dioses deben estar locos” (1980) de Jamie Uys.

A lo largo de sus estudios, Renia Kondo señala que la identificación de elementos lingüísticos comunes en la nomenclatura animal y vegetal de varios colectivos étnicos de la región llanera, como los guahibos, no sólo demuestra una larga y profusa historia de interacciones en el pasado, entre sí y con esos recursos, sino también cambios en la valoración cultural de algunas especies, e inclusive “tal vez antiguos desplazamientos de esas colectividades entre territorios con hábitats muy diferenciados”, por lo que la definitiva pérdida de los idiomas indígenas de la región, sin al menos una debida documentación, afectaría significativamente la preservación de todo ese conocimiento.

No sería la primera vez, y lamentablemente no será la última, que una parte de la humanidad borra la herencia cultural de otra por desconocimiento, maldad o simple desdén. Como nacido en estas tierras bañadas de sol y olorosas a mastranto, no deja de invadirme esa nostalgia jiwi, al igual que habrá envuelto a incontables generaciones, pensando que las andanzas de mis ancestros -conviviendo entre mastodontes, megaterios o los terribles jirujiru, en una sabana inundada cual océano luminoso de verdes dulzuras- se perderá para siempre en el atardecer de su memoria.

La sutil evanescencia de los días, de Eduardo Mariño, se terminó de editar electrónicamente en San Carlos, República Bolivariana de Venezuela, en junio de 2026 bajo los cuidados del Fondo Editorial Ramón Villegas Izquier.

En su edición se utilizaron fuentes Adobe Garamond Pro y Calibri.



Eduardo Mariño Rodríguez nació en San Carlos, el 10 de diciembre de 1972. Con una vida dedicada a la promoción cultural, la literatura y distintas facetas del ámbito editorial, ha incursionado en prácticamente todo género escrito, con 13 títulos publicados y numerosos premios y distinciones nacionales en poesía, cuento y novela.

La sutil evanescencia de los días es su primer libro de ensayos y reflexiones sobre estos oficios.

ISBN: 978-980-8184-00-6



9

